

glo pasado, S.K. Patkanov, geógrafo y etnógrafo interesado en la antigua sociedad maya, visita Yucatán; S.D. Protopopov, periodista liberal, viaja en tren desde El Paso a la ciudad de México. Un poco más tarde, en 1905, aparecen en la prensa rusa los apuntes del escritor G.A. Devollan, quien también había conocido algunas regiones mexicanas. En ese mismo año viene Konstantin Balmont, poeta de gran prestigio, por lo que sus escritos sobre México influyeron notablemente en sus contemporáneos. P.A. Dementev, mejor conocido como Tverskoi, fue el último ruso que estuvo en México antes de la revolución de 1910; su viaje data precisamente de ese año. Todos estos personajes pertenecen a la élite intelectual; su apreciación, por lo tanto, tiene un punto de partida bien diferente que el de sus antecesores de la Compañía Ruso-Americana. Pero además un itinerario más amplio les permite asomarse a la complejidad de la realidad social mexicana, en la cual conviven elementos aparentemente irreconciliables. A estos viajeros no los anima ningún sentimiento de superioridad, lo que observan no se aleja demasiado de su propia realidad. Así, lo que perciben los conduce a reflexionar sobre su propio país. Ésta es la característica más sobresaliente de este grupo de testimonios. Gracias a los ensayos de estos autores el lector ruso amplía su información: conoce los contrastes entre una sociedad predominantemente rural e ignorante y los afanes modernizadores del gobierno porfirista; la comprensión y ubicación del pasado indígena es también tema de consideración. Los logros de la era independiente son valorados de forma diferente: para unos es evidente que la sociedad necesita un cambio profundo, otros acentúan los aspectos positivos de la modernización; sin embargo, en estos juicios está siempre presente lo que puede ser aleccionador para la sociedad rusa.

Dadas las condiciones de conflicto armado y efervescencia política en ambos países, es comprensible que en la segunda década de este siglo no hayan viajado rusos a México. La experiencia revolucionaria, sin embargo, parece acercarse nuevamente a ambos países. En los capítulos dedicados a analizar los testimonios de los viajeros rusos en los años veinte y treinta, se concede mayor espacio al examen de las circunstancias políticas y sociales que influyeron durante la estancia de Vladimir Mayakovsky, Alexandra

Kollontai y S.S. Pestkovsky, figuras principales de este periodo. Existen, desde luego, elementos cualitativamente distintos que caracterizan los escritos de estos personajes: el carácter oficial de su estancia en México y su participación y compromiso con los acontecimientos revolucionarios de su país.

Para estos tres representantes rusos la estancia en México significó la confrontación de dos revoluciones de signo diferente. El optimismo inicial sobre posibles confluencias se fue extinguiendo en un ambiente cada vez más hostil a la presencia rusa en México.

El poeta Vladimir Mayakovsky fue quien confrontó con mayor sensibilidad las disimilitudes entre las revoluciones rusa y mexicana. En sus textos sobre México se entrelazan el desencanto y la esperanza. En cierto sentido, es quien mejor expresa la distancia que empezaba ya a separar a las dos revoluciones.

En dos libros, firmados con pseudónimo, S.S. Pestkovsky —primer embajador soviético— intenta sistematizar el conocimiento sobre México, trascendiendo el carácter de apuntes de viajero. Los trabajos pretenden ubicar históricamente la revolución mexicana y analizar su carácter. Aunque más escueta, Alexandra Kollontai se refiere también a los límites del proceso revolucionario mexicano, destacando los problemas que aún quedaban por resolver.

Finalmente, Richardson dedica especial atención a la estancia de Serguei Eisenstein. Este realizador cinematográfico parece sintetizar la comprensión e identificación con la realidad mexicana manifestada por la mayoría de los viajeros rusos en el periodo estudiado. A través de las imágenes que fue captando, Eisenstein mostró su capacidad para penetrar en la esencia de una realidad distinta, pero no ajena o tan alejada de la rusa. Pero, además, México dejó una profunda huella en él. La crónica puntual de las vicisitudes en la filmación y edición de *¡Que viva México!* refleja este movimiento en dos sentidos. Desgraciadamente, las dificultades con los productores estadounidenses impidieron, durante muchos años, tener acceso a este testimonio gráfico que hubiera sido, para sus contemporáneos, mucho más revelador que la palabra escrita.

Rina Ortiz  
(DEH-INAH)

## La regenta de Paciencia Ontañón

Resulta ya insoslayable la enorme importancia que el psicoanálisis ha adquirido dentro de la teoría literaria. De hecho, el psicoanálisis, a pesar de las contradicciones de sus grandes teóricos, Freud y Lacan, constantes y agudas, y, desde luego, reveladoras, es un corte epistemológico en el desarrollo del pensamiento contemporáneo occidental: la filosofía y la ciencia han sido permeadas por el intenso discurso psicoanalítico. Lo que digo, pues, lo saben bien todos ustedes. Nuestro interés, sin embargo, el de la doctora Ontañón en su análisis de *La regenta*, y el mío propio, si cabe aquí confesarlo, estriba en acudir al espectro del psicoanálisis para estudiar el texto literario.

La idea reside en tornar coherentes las no siempre claras especulaciones psicoanalíticas, con objeto de aplicarlas al contexto literario. Aun así se camina por una selva oscura. Esto es, entre la confusión y entre luminosos descubrimientos.

Freud, hacia el final de la *Interpretación de los sueños*, utiliza una frase, como muchas otras de él, extraordinaria: *ficción teórica* (traduzco al español de la Standard Edition, traducida y cuidada por James Strachey), esto es: *theoretical fiction*. Con esto, el psicoanalista vienés describe la situación en que muchas teorías se encuentran, o sea, en un terreno fertilísimo pero donde todavía no se puede echar mano de elementos absolutamente comprobables.

Lacan trata el problema a su manera en sus comentarios a la *Carta robada* de Poe. El asunto, así, se complica y se profundiza en forma notable: no es que la verdad se revele por medio de la ficción, sino que aquello inmerso en ella que desea la verdad llega de cualquier modo a su destino: "*la vérité y révéle son ordonnance de fiction*". La verdad acerca de la mente y del

MEXICO  
THROUGH  
RUSSIAN  
EYES,  
1806-1940

William Harrison Richardson

discurso deviene, entonces, en una ficción auspiciada por el inconsciente. Freud y Lacan, entonces, se preguntan: ¿qué es lo que realmente quiere decir el paciente, qué se esconde tras los sueños y las fantasías, encubierto todo a su vez por esa otra narración-ficción que es la que ocurre en el consultorio psicoanalítico?

Esa verdad, cualquiera que sea, *rizomática* y acaso imposible se entromete también en el texto literario.

Foucault desarrolló una lúcida reconstrucción histórica de la sexualidad en su *Histoire de la sexualité*, desde donde impugna al psicoanálisis, en el sentido en que éste, el psicoanálisis, concibe una sexualidad invariable, sólo sujeta al arrastre de los diversos mecanismos de represión. El problema es de gran envergadura ahora y no es éste el espacio para abordarlo, pero frente a si existe o no una sexualidad que no cambia, lo cierto es que los mecanismos de represión pueden perfectamente describirse. De hecho, tras una sexualidad reprimida hay siempre un lenguaje.

El estudio psicoanalítico que realiza Paciencia Ontañón sobre *La regenta* de Clarín expone, pues, ese lenguaje. Un lenguaje que no lidia con el discurso, por demás interesante, de un individuo que se analiza, sino con lo que llamamos *expresión literaria*.

El resultado es excelente. La doctora Ontañón ahonda en las psicopatologías de los seres que pueblan la *Vetusta* de Clarín. Cuando justo ahí, en alguno de los arrebatos místicos o histéricos de Ana Ozores de Quintanar, el lector se detiene y entiende, pero no comprende, es que hay una *verdad*, un espejo de la propia *anormalidad* que ahora queda explicada. De acuerdo con el crítico norteamericano Harold Bloom, la obra literaria echa a andar, en el proceso de lectura, un sublime negativo, del que es lumbre el impulso de repetición del que habla Freud en su magno ensayo *Más allá del principio del placer*. Si Ana Ozores, en mi particular experiencia (y cada quien su patología) me devuelve a mí misma, como en el ciclo de un *bumerang*, en *normal*, Paciencia Ontañón, o si prefieren, *La regenta* de Paciencia Ontañón, me lleva a encararme con una parte, sí, de mi propia neurosis: decodifica, pues, mucho de ese *sublime negativo* al que se refiere Bloom.

El análisis de Ontañón resulta sumamente riguroso en sentido psi-

coanalítico y sumamente original en sentido literario. Así, analiza la infancia de Ana Ozores, la madre, pues, de su adultez, cosa que, como observa la escritora, Clarín sabe muy bien: tanto de la Quintanar como de Fermín de Pas presentan un profuso *dossier* biográfico. El suceso de la barca, en la vida adolescente de Ana, aunque clausurado por la regenta, se juega después como una metonimia (o como un sapo): "toda esta situación infantil expuesta por Clarín es plenamente suficiente para que se produzca un trauma de serias consecuencias" (p. 19).

El matrimonio de Ana con don Víctor Quintanar se compagina con la neurosis de la Ozores. Ontañón estudia el proceso y lo revela: el lector, nos hace darnos cuenta, cae siempre en las trampas de Clarín, porque don Víctor Quintanar no es un viejo decrepito, por ejemplo, ni Ana corresponde a esa imagen idealizada que se tiene de ella: víctima de su inmadurez emocional y no de una seducción es que la regenta se enamora del personaje más abyecto de *Vetusta*: de Álvaro Mesía, galán de capacaida. Ontañón estudia al seductor a la luz del autoamor primario de don Álvaro, y la emprende también con el narcisismo de la regenta y el del magistral. Ningún carácter importante escapa a su escudriño psicoanalítico. La lectura de *La regenta*, así se resignifica.

En uno de los últimos capítulos del estudio de la doctora Ontañón se incide en el conflicto esencial de la novela: el del deseo, expresado en el tema "el amor de transferencia". El análisis, agudo y claro, nos lleva a zonas múltiples y *rizomáticas*: por aquí el objeto del deseo, por allá, díganse si no a Fermín de Pas, el deseo del *otro*. Sin duda se trata de un capítulo central, y me pregunto, en tanto que lo que sucede en el *texto científico* de Paciencia Ontañón es una zona ocupada al mismo tiempo por la razón, el rigor y los deseos, me pregunto, pues, ¿qué es lo que desean los críticos y los teóricos cuando teorizan sobre el deseo? ¿Por qué la doctora Ontañón desmenuza, en su profundísima lectura de Clarín, los deseos de Ana Ozores (sin el de Quintanar), por qué nos los deja allí, inquietantes y silenciosos como la piel de tigre, único adorno en la habitación de la protagonista?

Otro aspecto, y quiero ser breve, porque mi propósito es invitar a los lectores obsesivos (y yo soy uno de ellos) de *La regenta* a una relectura

brillante, en la que las reverberaciones del *deseo* y de sus expresiones patológicas son lumbre de quien las construye (Clarín) y lumbre de quien las *desconstruye* (Paciencia Ontañón).

Otro aspecto que no puedo dejar de mencionar es el de la *caída* de Ana.

Mítica y metafórica, la caída contiene infinitas ramificaciones: la caída icárica, la caída en el sentido moralizador, la caída última o la de la muerte, la caída ante una sociedad con la que la mayoría de los personajes de la novela decimonónica no puede reconciliarse porque no hay sitio en ella ni para Ana Ozores ni para Julien Sorel, Anna Karenina o Rubem Rubempré. Paciencia Ontañón toma el asunto en sus manos: Ana Ozores y su destino implacable, el de la caída que no habrá de evitarse. Creo que este capítulo es de lo más sugerente, y en él se muestra la gran novela de Clarín como un código múltiple, tanto psicoanalítico como filosófico.

Agoto ya mi espacio y mi tiempo en esta reseña, y aunque todavía habría mucho que decir, insisto en aquello de la *teoría ficcional*. El discurso crítico de Paciencia Ontañón resulta, como toda ficción deslumbrante, una interacción de códigos y de jerarquías (aquí analíticas), de asuntos y de propósitos, de montajes y de ocultamientos. Como quiera que sea, a pesar de ser la misma, existe *La regenta* de Leopoldo Alas Clarín y *La regenta* de Paciencia Ontañón: la primera encubre lo que la otra, desfachata-da, revela.

Anamari Gomís

